

Hemos visto á jefes de bazares que han obligado con violencia á gran número de operarios á trabajar el domingo y cerrar los talleres el lunes. Hemos visto á coroneles que han mandado arbitrariamente el servicio del cuartel y las revistas semanales de tal manera que fuera imposible á los soldados asistir á la santa misa. ¿Hay necesidad de añadir que á los que pedían la explicación de estas exigencias odiosas, se les contestaba invariablemente: LA FRANCMASONERÍA LO QUIERE ASÍ? Y quiérese que la francmasonería sea tan inocente y tan buena!

En estos últimos años se ha hecho una reacción saludable; los habitantes de las ciudades especialmente, parecen tender con cierta unanimidad al reposo del domingo. Pero ¡ay! esta reacción va acompañada de circunstancias que denotan cada vez más el rompimiento de las sociedades modernas con Dios. El sindicato de los obreros tipógrafos de una de nuestras más grandes ciudades comerciales, el Havre, hacia muy poco há la declaración siguiente: «Considerando que el trabajo del séptimo día es en su esencia antisocial y contrario á los deseos constantes del hombre hácia la libertad; que el hombre tiene el derecho y la necesidad de descansar de su trabajo en uno de los siete días; que está en su interés bien comprendido el obrar de esta manera; que perseverar por más tiempo en la aplicación de un sistema condenado por la razón y la experiencia, sería en cierto modo sancionar la institución de una servidumbre voluntaria, los infrascritos declaran formalmente y por su honor regarse á todo trabajo que exceda del sexto día de cada semana.»

¿Qué sucedió? Que los periódicos cristianos aplaudieron, y que los periódicos impíos se indignaron; que los obreros libre-pensadores protestaron contra esos elogios y contra esas iras. «Nosotros queremos un día de descanso cada siete días, para consagrar algunas de sus horas al estudio de nuestros derechos y de nuestros deberes de ciudadano, ilustrarnos mutuamente, aprender á conocernos y amarnos, á defendernos contra la arbitrariedad;

para emplearlo en hablarnos de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestras mujeres, de nuestros hijos, y gustar las dulces alegrías del hogar doméstico. Queremos de siete días uno, porque el hombre necesita el aire saludable y el espacio claro; porque nuestra frente, nuestros ojos, nuestros músculos lo piden imperiosamente; porque el espíritu como el cuerpo se niega á atrofiarse en este círculo exclusivo, estrecho, enervante de las exigencias del taller. No admitimos el ilotismo profesional, y rechazamos enérgicamente el fatalismo útil. Queremos que el espectáculo de la naturaleza y los goces físicos de sus emanaciones salubres y vivificantes, el conocimiento de sus derechos por el estudio, los puros afectos de la familia amada, la satisfacción completa de sí mismo, obrando poderosamente sobre su ser y sobre su conducta, hagan del hombre más que un esclavo resignado, un instrumento pasivo del pensamiento ajeno.»

Hé aquí, pues, que la voz del pueblo, que es á su manera la voz de Dios, nos lo recuerda elocuentemente: la naturaleza y la razón imponen al hombre un deber imperioso de descansar el domingo. Pero los operarios tipógrafos del Havre olvidan ó más bien rechazan á Dios; no toleran que se les hable de sus deberes de cristiano. ¡Ay! no saben que el descanso del domingo, sin la santificación del domingo, deja la puerta abierta á todos los abusos. No les hará libres, aumentará al contrario la esclavitud de las pasiones, y esta acarreará la de las cosas, porque, como lo decía Epicteto, *la esclavitud de las cosas está muy cerca de la esclavitud de los hombres.*

*Santificación del domingo.* Es un precepto rigoroso que se expresa por la obligación de consagrar á la oración cierta parte del día, ó de un modo más exacto aún, por la obligación de asistir cada domingo al santo sacrificio de la misa. La naturaleza, la razón, la fe se unen también aquí para aconsejarnos una obediencia fácil. Necesitamos de Dios, su concurso es indispensable para la completa

satisfaccion de los intereses del individuo, de la familia, de la sociedad. ¡Ay! si no estuvieran ciegos por preven- ciones impías, afirmarían más enérgicamente aún nues- tros pobres hermanos la necesidad absoluta de la santifi- cacion cristiana del domingo, condicion necesaria y eficaz del pleno ejercicio de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad humanas.

Reunidos en el templo con sus amos, los criados, los siervos, los esclavos mismos oían antiguamente estas mis- mas verdades eternas: *Salido el hombre del polvo, por gran- de que se haga, se convertirá en polvo. Todos tienen un alma para salvar. Dios no tiene en cuenta más que virtudes y vi- cios. Resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes.* Á consecuencia de esta nivelacion de todos delante de Dios, la autoridad venia á ser más dulce, la obediencia menos penosa, los dolores menos amargos. Al contrario, el do- mingo sin Dios deja al hombre á sí mismo, á sus solas fuerzas, á sus pasiones, á sus malos instintos, y muy pronto á un odio indomable contra la sociedad.

¿Por qué debe detenerse en mitad del camino la afortu- nada revolucion que se opera en los ánimos y en los há- bitos de los vecinos de las ciudades? El descanso del do- mingo sin la santificacion del domingo, no es más que un vano paliativo. No detendrá en su curso al torrente impetuoso que amenaza arrastrarlo todo. Casi nadie tra- baja el domingo en Inglaterra, pero más de siete millones de ingleses no entran nunca en un templo, y ni oran poco ni mucho. Hé aquí porque crecen en horrible proporcion la embriaguez, la disolucion de las costumbres y la mi- seria. En Francia sucede casi lo mismo; por esto crece el pauperismo tan notablemente; y porque la autoridad civil ha fatalmente abdicado, el reposo del domingo en el seno de la clase obrera tiende cada vez más á ceder el puesto al descanso del lunes.

*El descanso del lunes.* Nuevo pecado á sangre fria. Cons- piracion, inexplicable naturalmente, contra Dios, el hom- bre, la familia, la sociedad, el progreso; azote devastador

que comienza á espantar á la industria nacional. Oid los acentos de dolor de una comision encargada, por la Socie- dad imperial de Agricultura de Valenciennes, de estudiar los remedios para un mal tan grande.

«¿Cómo ha sucedido que se haya introducido entre nosotros, en nuestra Francia tan liberal, tan humana, tan cristiana, tan laboriosa, una costumbre tan funesta para la humanidad, la religion y el mismo trabajo? El mal existe y produce los más perniciosos efectos. Antiguamen- te podia el amo contar con seis dias enteros de trabajo, y el obrero con uno completo de descanso... Ahora ¿qué amo puede contar con seis dias de trabajo libremente consen- tido; qué obrero puede contar con un dia de descanso libre- mente concedido? El obrero es esclavo del amo, y éste de aquel; los dos son esclavos del más borracho, del más li- bertino, del más perezoso del taller. Deberá pedírsele á este último cuántos y qué dias se trabajará, cuántos dias se holgará. ¿Cuántas veces ha sucedido ver abandonar re- pentinamente el taller ó la obra, en el preciso momento de empezar á trabajar los obreros, en que la máquina se animaba, en que el martillo y la tijera desempeñaban su tarea, en que unos cantos alegres prometían para todos un dia fructuoso? Bastó para esto que un camarada bebi- do entrando en el taller reprendiera á aquellos holgazanes por trabajar un lunes, cuando tienen todavía dinero en su bolsillo. Resulta de esto que obligados á trabajar el do- mingo, los buenos obreros, esto es, los que tendrian más necesidad de reposo, no lo tienen absolutamente; que ar- ruinan sus fuerzas y su salud, abrevian considerablemen- te su vida, ó aceleran á lo menos la edad de las dolencias y de la ociosidad forzosa, hecha más penosa por el dolor que el mismo trabajo. Antes, toda la familia saludaba con alegría la tarde del sábado. La madre pensaba ya en que podia ir á pagar el pan y las ropas compradas durante la semana; la esposa se decia que iba finalmente á poder conversar más extensamente con aquel á quien despues de toda una semana no habia visto por decirlo así más que

de escondite. Los hijos bendecían el domingo, el bello día en que podían saltar mucho tiempo sobre las rodillas del padre. El esposo, el padre veía también con alegría el día en que le era dable finalmente levantar la cabeza, quitar el polvo y enjugar el sudor que cubrían su rostro, componerse para presentarse á su mujer, á sus hijos, para ir con ellos á orar en la iglesia, ó admirar por la tarde, en un paseo de familia, las maravillas de la naturaleza. El lunes, al contrario, no trae á nadie ni reposo, ni consuelo, ni dicha. Si hay en la semana un día en que la esposa es brutalmente golpeada, en que los niños lloran, el pan falta, en que nacen los pensamientos criminales en el corazón de muchachas crecidas ya y anhelantes de salir de aquel infierno, en el corazón de la esposa mucho tiempo virtuosa, y que acaba por ceder menos á la seducción que al desespero, ese día es el lunes, horroroso y criminal, como ha pasado á ser para nosotros.»

Todos comprenden el mal, pero para conjurarlo se necesitaria un vasto conjunto de medidas, imposibles ¡ay! de tomar bajo la presión de una minoría ruidosa y odiosa de libre-pensadores. La Sociedad de Valenciennes se limita á conceder medallas á los obreros que se le indican como mejores observantes del domingo. Si el Gobierno no puede ya imponer á los particulares el descanso del domingo, dé á lo menos animoso ejemplo. Ciérranse rigurosamente el domingo las obras de todas las administraciones, á no ser que haya urgentes necesidades, y póngase en plena actividad el lunes. Obrar de otra manera seria declararse ateo y excitar al ateísmo, que lleva fatalmente al socialismo.

¿Hay necesidad de contestar á objeciones sin valor?

*El pueblo necesita pan y no fiestas.* El pueblo necesita pan y fiestas, trabajo y descanso. Rousseau lo dijo eloquentemente haciéndose intérprete de la naturaleza y del buen sentido. Todos los pueblos tienen su día de descanso: más fácil seria encontrar un pueblo sin idioma que un pueblo sin fiestas. ¿Y no debe tenerse en cuenta

la voluntad de Dios que exige su parte del tiempo que nos concede?

*El hombre debe vivir cada día; debe, pues, trabajar cada día.* Sofisma impío. El hombre seria profundamente desgraciado, y debiera desesperarse de su suerte, si no ganara en seis días algo con que descansar el séptimo. Lo que era tan fácil para nuestros padres ¿se habria hecho imposible para nosotros? ¡La civilización habria, pues, retrocedido de una manera espantosa! ¿Habrian llegado á ser fatalmente homicidas los desarrollos de la industria? El hierro y la hulla no serian ya hechos para el hombre, sino que el hombre habria sido hecho para la hulla y el hierro. La vida entera se resumiria, pues, en este grito brutal: ¡HAN ENTERRADO UN HOMBRE, PERO SE HA ENTREGADO AL COMERCIO UNA TONELADA DE HIERRO (ó de hulla)! Si no le basta al hombre el tiempo para ganarse la vida, es evidentemente porque ha entrado en una senda desastrosa, de la que se le debe hacer salir á toda costa. Esta senda es el ateísmo pregonado por el pecado á sangre fría. Por regla general, jamás se bastará el hombre á sí mismo y á su familia sin Dios. Si no busca primero que todo el reino de Dios, carecerá muy á menudo de lo necesario. Sólo Dios puede darle su pan de cada día. Siempre hay un gran fondo de verdad, hasta con la ley evangélica del sufrimiento, en este oráculo del Rey Profeta: *Los que bendicen al Señor tendrán la tierra por herencia, los que le maldigan serán dispersados. Yo fui joven y he envejecido. Pues bien, durante toda mi vida jamás he visto al justo abandonado, ni á sus hijos mendigando su pan.* La miseria universal, el pauperismo que bulle de los tiempos modernos, tienen su único y necesario origen en el olvido de Dios.

¡Qué aberración la de excitar tanto al hombre á ganar dinero, y pensar tan poco en enseñarle á no gastarlo! Uno de los azotes de nuestros días, y es también un pecado á sangre fría, consiste en despilfarrar su haber. Es verdaderamente espantoso lo que la inmensa mayoría de los hom-

bres, hasta honrados, del siglo XIX, gastan fuera de su casa y familia. Los domingos y las fiestas les enriquecerían relativamente, mientras que la prodigalidad y la satisfacción de mil necesidades ficticias los arruinan y matan.

*Quien trabaja ora.* Sí, ora el que trabaja en el orden de la divina Providencia, bajo la dependencia de Dios. Ora el padre infortunado, á quien su mujer é hijos piden pan que no tiene, y que trabaja deplorando la fatal necesidad que le domina.

Pero no ora, sino que blasfema, apostata, el que trabaja sin necesidad.

¿Quereis conservar la fe, el más precioso de todos los bienes, don gratuito, es verdad, pero que Dios no niega á ninguno de los que lo imploran? Guardad y santificad el domingo. No lo consagreis ni al trabajo, ni á un reposo meramente humano, ni á excursiones recreativas, ni á partidas de campo ó de caza, etc., etc.

Orad con el corazón y con la boca también. Oid la santa misa, no una misa rezada en una capilla particular, por piadosa que pueda ser, sino la de vuestra parroquia, y en familia, si aspirais á que vuestra fe pase á vuestros hijos. Para ser verdaderamente cristiano, y engendrar cristianos, es preciso ser ante todo fiel parroquiano.

Leed, no novelas religiosas que halagan suavemente á la imaginación, sin instruir ni conmover, sino libros serios que ilustran á la inteligencia, enriquecen el alma y enfevORIZAN el corazón. Prohibíos la lectura de toda obra impía ó inmoral, y más aún, porque su acción de todos los días es profundamente deletérea, la lectura de los periódicos que no son francamente cristianos.

Dad á vuestra alma su pan transubstancial; confesad y comulgad en las principales festividades del año.

Estos preceptos y consejos son duros para la naturaleza; convengo en ello; pero ¡cuánta dicha producen!

Dichosos los que temen al Señor y que siguen sus ca-

minos. Vosotros comeréis el fruto del trabajo de vuestras manos; seréis felices, y todo se os volverá en bien. Vuestra esposa será en vuestra casa como una viña fecunda; vuestros hijos rodearán vuestra mesa como tiernos retoños de olivos. Veréis reinar en Israel y en los hijos de vuestros hijos la paz del cielo.

VENTA CON PESAS Y MEDIDAS FALSAS, ALTERACION Y FALSIFICACION DE LAS SUSTANCIAS ALIMENTICIAS, MÉDICAS Y COMERCIALES.

Es evidentemente un pecado á sangre fría sentarse en una trastienda ó en un laboratorio secreto, y allí, friamente, cerrar el oído á la voz de la conciencia, falsear sus balanzas, ó añadir á alimentos, á remedios, á cualquiera clase de mercaderías materias inertes ó sin valor; fabricar toda clase de objetos, segun misteriosas recetas, compradas á veces á precio muy subido, productos artificiales que no tienen de comun con los productos naturales más que una apariencia engañosa, y que á veces hasta son venenos (1). Supone en general, en quien lo cometa, falta completa de toda idea de Dios, y en todos los casos su práctica habitual ha extinguido muy pronto todo sentimiento de fe.

Importa observar que este pecado es una consecuencia en cierto modo natural é inevitable de la violación de la ley del domingo. El profeta Amós señaló en términos muy elocuentes esta filiación culpable. (Cap. VIII, v. 4 y siguientes.) «Escuchad esto vosotros los que oprimís al pobre, y estrujais á los menesterosos del país, y decís: ¿Cuándo pasará el mes (ó la fiesta de la Neomenia), y venderemos los géneros, y pasará el sábado, y sacaremos fuera los granos, achicaremos la medida, y aumentaremos el peso del siclo, sustituyendo balanzas falsas, para ha-

(1) Se ha encontrado arsénico en vinagre fabricado indudablemente con ácido sulfúrico procedente del azufre de las piritas.

cernos con el dinero dueños de los miserables, y con un par de sandalias comprar por esclavo al pobre, y vender las echaduras del trigo?»

En las edades de fe era raro este pecado, y la ley lo castigaba muy severamente. En la Edad media, en Londres, dice M. Letheby, el panadero que habia vendido un pan fraudulentamente preparado, era arrastrado sobre el cañizo, desde la casa consistorial á la suya, pasando por las calles más sucias, llevando en su cuello el pan sofisticado. Cogido segunda vez en flagrante delito, era arrastrado tambien sobre el cañizo, pero hasta el sitio de exposicion de los ajusticiados, para permanecer atado en el poste durante una hora á lo menos.

Ahora no se trata ya de actos aislados, sino de costumbres universales y permanentes. Excepcion hecha de los géneros vendidos tal como la naturaleza los produce, seria quizás imposible hallar una sustancia que se haya librado de la sofisticacion. Llega hasta á los medicamentos, que no pueden contener el mal y conjurar la muerte sino en cuanto son absolutamente puros. El *Diccionario usual de las alteraciones y falsificaciones* forma dos enormes tomos; y formaria cien y mil, si estuvieran al descubierto todas las prácticas odiosas de la industria y del comercio. Sustancias que antiguamente no tenian casi ningun valor, y que no tenian otro empleo que el de servir á la sofisticacion, son ahora unas sustancias preciosas que á su vez se sofistican. La audacia de los falsificadores excede todos los límites de lo posible. Se han visto torneros franceses que han enviado á las escalas de Levante cargamentos de estuches de boj, sin haberse tomado la molestia de dividirlos y vaciarlos, sin tomarse el menor cuidado por la pérdida inevitable de un comercio secular. Se han visto casas inglesas enviar á las islas del Sud millones de agujas sin ojo, y reirse friamente de antemano del contratiempo de las pobres mujeres insulares. En las exposiciones de la industria hemos visto solicitar recompensas para máquinas ingeniosas destinadas á transformar en

granos de café perfectamente imitados, tostados ó crudos, el orujo estrujado ó un polvo inerte aromatizado, para dar por trituracion á las cortezas de cacao bastante fluidez para poder servir para fabricar chocolate sin chocolate.

Cierto dia invitóme un hombre á quien habia yo prestado algunos servicios, á visitar una fábrica de chocolate que habia abierto. Cuando yo llegué, él estaba ausente, lo que me valió ser iniciado plenamente en los odiosos secretos de su fabricacion. Entré primeramente en una pieza bastante grande: muchísimas obreras rodeaban una mesa, en la que se levantaba una canasta ó cesta grande de mimbres llena de pastillas de chocolate. Todas las operarias echaban mano en ella una tras otra, y cada una de ellas envolvía su doble pastilla con un papel de color diferente, azul, amarillo, rosa, blanco, etc. Cada cubierta empero llevaba su etiqueta particular: chocolate de salud 70 c., 80 c., 1 franco, 1 franco 50 c., hasta medio kilogramo, encerrado en papel blanco, y que estaba fijado en 2 fr. 50 cs. De manera que un mismo peso de la misma sustancia tomaba un valor mayor cada vez segun el color del papel con que se la envolvía. ¡Qué exceso de impudencia! ¡Qué pecado á sangre fria! Bajé en seguida al taller de fabricacion, sitio muy húmedo en los bajos de la casa. Jamás habia entrado allí una almendra de cacao. Pero veíanse en sus cuatro ángulos montones de fécula de patatas, de cogucho, de cortezas de cacao y de sebo ó mala grasa. Merced á los brillantes progresos de la mecánica moderna, transformaba el todo en una pasta á la que se daba la apariencia, el gusto, el aroma ficticios del chocolate, y que se enviaba á todas las grandes ciudades de nuestra hermosa Francia con el nombre de chocolate de salud. El coste de fábrica de medio kilogramo de esta mala droga ascendia apenas, comprendido todo, á unos cuantos céntimos; la ganancia excedia, pues, de ciento por ciento. Adquirido empero de un modo contrario á la probidad, derretíase en cierto modo en la mano del falsificador, y su empresa criminal terminó con una bancarrota fraudu-